

La casa solariega de México (1ª. parte)

I. El Real Palacio en las postrimerías del siglo XVIII e inicios del XIX

El sol naciente iluminaba tenuemente la fachada del Real Palacio de la muy noble e imperial Ciudad de México, voz y cabeza del reino de Nueva España. Bullía un espíritu de curiosidad intelectual, de esperanza y entusiasmo en los diversos sectores de la desigual sociedad de este reino americano. El Real Palacio era prueba fehaciente de las mejoras y adelantos que la arquitectura novohispana había experimentado a fines del siglo XVIII. El Palacio, que antes se asemejaba a una fortaleza con torreones y troneras, presentaba ahora un aspecto más amable, más civil, mediante la conversión de sus troneras en ventanas. Al lado de la puerta principal se ostentaban los escudos del rey y del virrey conde de Gálvez. Sobre la puerta y los escudos se alzaba, pendiente de un arco, una campana, la cual, a modo de asa, mostraba orgullosa una corona imperial sostenida por dos leones con una inscripción que reproducía las primeras palabras de la *Salve* y mostraba el nombre del autor de la campana: *Maese Rodrigo me fecit* (1530).

Como bien anota don Luis González Obregón, la campana era de mayor antigüedad que el edificio del Real Palacio.¹ La fachada sólo tenía dos pisos y aún no estaba revestida de piedra tezontle. En la parte de abajo se formaba un guardapolvo de sillares donde se abrían unas pequeñas ventanas. Sobre esas venerables piedras los novohispanos inconformes, o solamente chuscos, fijaban letreros o pasquines dirigidos a los virreyes.

El virrey don Bernardo, conde de Gálvez, era alegre, fiestero, gustaba del teatro, de los paseos y de los toros, mas no de asistir a la iglesia. El 6 de octubre de 1785 le dedicaron el siguiente pasquín:

En todas partes te veo
menos en el jubileo.²

¹Luis González Obregón, *México viejo (época colonial). Noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*. México, Editorial Patria, 1966, novena edición, p. 386.

²Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 651.

El buen virrey murió el 30 de noviembre de 1786 dejando una viuda joven y hermosa que dio a luz a una hija póstuma. La Ciudad de México, a través de su Cabildo, decidió apadrinar a la niña que llevó el nombre de María Guadalupe. El Ayuntamiento, bajo mazas de plata, se trasladó al Real Palacio, recibió a la niña y a las 10.30 de la mañana se dirigió con toda solemnidad a la catedral. Por la noche hubo fuegos artificiales y desde los balcones del Ayuntamiento se arrojaron monedas al pueblo.

Eran los últimos años del siglo XVIII y aún no se sentían los vientos tormentosos que habían de acompañar la primera década del siglo XIX. Todavía circulaban los aires suaves y armoniosos de la Ilustración, los cuales llevaron en 1781 al Real Palacio la idea de fundar la Real Academia de Artes de San Carlos. La fundación fue propuesta por don Francisco José Mangino, superintendente de la Real Casa de Moneda, al virrey don Martín de Mayorga. La nueva institución, instalada en la Casa de Moneda albergada en el Real Palacio, abrió sus puertas el 4 de noviembre de ese mismo año. El número de alumnos creció y la Academia tuvo que mudarse a otro sitio. En sus estatutos, la Academia no establecía discriminación alguna y admitía a todos aquellos que quisieran incorporarse a ella. Daba 16 pensiones a alumnos, de las cuales cuatro eran para indios de la Nueva España.³

Los mismos aires ilustrados llevaron la idea del Real Jardín Botánico al Palacio. En 1791, el virrey Juan Vicente Güemes Pacheco, segundo conde de Revillagigedo, había cedido el parque del Real Palacio para instalar en él un jardín botánico a cargo de don Vicente Cervantes.

Obras de albañilería y de herrería, reparación de muros, pisos, puertas y mobiliario prosiguieron dentro del Real Palacio en los años postreros del siglo XVIII. Entre 1798 y 1800 se trabajó en la Capilla Real.⁴

El siglo XIX despertó a la Ciudad de México con un fuerte temblor, conocido como de "San Juan de Dios", que aterrorizó a los capitalinos. El 8

³Luis González Obregón, *op. cit.*, p. 522.

⁴Efraín Castro Morales, *Palacio Nacional de México*, México, Museo Mexicano, 2003, p. 161.

de marzo de 1800, a las nueve de la mañana, sus movimientos oscilatorios ocasionaron graves daños a los edificios de la imperial ciudad, entre ellos el Real Palacio. Ahora era necesario reconstruir las caballerizas del Cuartel de Dragones y renovar la totalidad del edificio. La sala de acuñación de cuartillos en la Casa de Moneda del edificio fue ampliada. El arquitecto Manuel Tolsá dirigió los arreglos de la dirección de molinos e hileras.

Para 1802, el Real Jardín Botánico estaba en su apogeo. Gracias a los cuidados de don Vicente Cervantes las plantas y árboles hermo­seaban el vetusto palacio.

Otro temblor de tierra ocurrido el 14 de septiembre de 1802 ocasionó nuevos daños al inmueble. Ese mismo año se hicieron reparaciones con carácter de urgentes pues llegaba el nuevo virrey, don José de Iturrigaray. Fueron tapizadas la sala principal y la Sala del Dosel y se forraron 96 sillas y un canapé con damasco rosa y de color amarillo.⁵

Entre temblores y escasez de dinero las obras de restauración del Real Palacio no podían ser concluidas. En 1803 visitó ese edificio el ilustre viajero Alexander von Humboldt, quien se entrevistó con el virrey Iturrigaray.

Un lustro más tarde, el 15 de septiembre de 1808, entre las 11 y las 12 de la noche, sucedería un hecho impensable en el Real Palacio novohispano.

II. El atentado

La noche del 15 de septiembre de 1808 se iba adueñando de la Plaza Mayor. En el Real Palacio se iban apagando poco a poco los candiles y los faroles. Entre las 11 y las 12 de la noche, unas sombras se acercaron a la puerta principal del edificio y entraron sigilosamente. Unos 300 hombres embozados en oscuras capas sorprendieron a la guardia de infantería y a la caballería de Michoacán y se adentraron sin más en las habitaciones del

⁵Efraín Castro Morales, *op. cit.*, 165.

virrey y de su familia. Nunca, en 300 años, la Nueva España había presenciado un suceso tan grave. El virrey era aprehendido por particulares que sin legitimidad alguna impusieron como virrey a don Pedro Garibay, un anciano militar de 80 años. El Real Palacio fue saqueado. Bufetes y armarios fueron abiertos; papeles, ropas y alhajas, algunas de las cuales fueron robadas por los asaltantes, fueron desparramados.⁶

La Nueva España había vivido sumida en la zozobra e inquietud aquel verano de 1808. Tropas francesas del emperador Napoleón I habían invadido España y tanto el rey Carlos IV como su hijo Fernando VII habían abdicado a favor del emperador francés. Con los reyes españoles presos, José Bonaparte gobernaba como rey de España e Indias. El Ayuntamiento de la Ciudad de México había reaccionado de manera ejemplar. Presentó al virrey Iturrigaray una salida a la crisis: la creación de una Junta de Representantes del reino de la Nueva España para que gobernara en ausencia del rey Fernando VII, preso en Bayona.

Alarmados ante el vacío de autoridad, algunos españoles peninsulares por la actitud de los criollos del Ayuntamiento capitalino optaron por la violencia en vez del diálogo, y como consecuencia, de septiembre de 1808 al 14 de septiembre de 1810 la Nueva España no tuvo un virrey legítimo.

Los conjurados contra Iturrigaray tuvieron la desvergüenza de fijar proclamas del Real Acuerdo en el que se decía: "Habitantes del pueblo de México de todas las clases y condiciones, la necesidad no está sujeta a las leyes comunes. *El pueblo se ha apoderado* de la persona del Excelentísimo virrey y ha pedido imperiosamente su separación por razones de utilidad y conveniencia general".⁷

⁶Artemio de Valle Arizpe, *El Palacio Nacional de México*. Monografía histórica y anecdótica, México, 1936, pp. 198-201.

⁷Guadalupe Jiménez Codinach, *México: su tiempo de nacer, 1750-1821*, México, Fomento Cultural Banamex, 1997, p. 125.

Vicente Iturrigaray tenía seis años de edad cuando testimonió la aprehensión de su padre, madre y hermanos. Más tarde afirmaría: “Lo que hicieron con mi padre motivó, dos años después, día por día, hora por hora, la proclamación de la independencia”.⁸

Pasquines, chismorreos, discusiones en cafés, tertulias y corrillos en los portales y reuniones secretas continuaron por aquellos años en la Ciudad de México y en las provincias novohispanas. El 14 de septiembre de 1810 entró a la capital del virreinato el nuevo representante de la Corona española, don Francisco Javier Venegas, enviado ahora sí por la autoridad peninsular. El nuevo virrey encontró el Real Palacio en reparación; en ese momento se reconstruía el antiguo cuartel de inválidos. En abril del siguiente año, ya iniciada la insurrección en un desconocido pueblo de Dolores, el botánico Vicente Cervantes se dirigió a Venegas para quejarse de los daños ocasionados al jardín por la “Traslación repentina y tumultuaria de las plantas [...]” Eso, sin embargo, no era nada en comparación con la gravedad del levantamiento tumultuario de Ignacio de Allende, Miguel Hidalgo y Costilla y sus seguidores. El virrey Venegas desconfió de los cuerpos de milicias con mayoría criolla y trajo a la capital a los marineros del barco *Atocha*.

La lucha iniciada en 1810 tuvo efectos sobre el Real Palacio. Se paralizaron los trabajos de restauración y reconstrucción y sólo se reparó lo más urgente: taparon las goteras, repusieron los vidrios rotos, hicieron arreglos de carpintería y pisos.⁹ Durante el gobierno del virrey Juan Ruiz de Apodaca se encargó la elaboración de los retratos del rey Fernando VII y su esposa al pintor Rafael Ximeno y Planes para colocarlos en la Sala del Dosel.

Los efectos de la guerra civil ocasionaron la decadencia del Real Palacio. En 1811 aparecieron grietas en el muro del edificio que colindaba

⁸Vicente de Iturrigaray, “Noticia histórica de los acontecimientos que ocasionaron la descomposición social de virreinato de México y su separación de la Corona de España” [c. 1864], en Genaro García, *Documentos históricos mexicanos*, México, INEHRM, 1985, vol. II, p. 367.

⁹Efraín Castro Morales, *op. cit.*, p. 168.

con la Plaza del Volador y en los muros de la Casa de Moneda. En la Sala de la Real Audiencia había goteras. En 1814 se hicieron algunos arreglos en la Real Sala de Acuerdos, los últimos gastos erogados por la Corona en el Real Palacio.¹⁰ En 1820 un nuevo temblor volvió a ocasionar daños en el Palacio, los que por la guerra de independencia no fueron reparados.

Durante los últimos años del siglo XVIII y los primeros del XIX, el interior del Palacio se había decorado a la manera neoclásica. Su fachada perdió algo de su estilo barroco para darle un toque más "moderno".

¹⁰*Loc. cit.*